

# BOLSA, SI; BOLSA, NO



**L** A Clave es, sin duda —junto con las entrevistas de Soler Serrano—, el mejor programa de nuestra decaída y supercontrolada Televisión. Aborda los temas de mayor actualidad, con la relativa libertad y el pluralismo que autorizan las circunstancias dominadas por el partido político en el poder.

El tema de la Bolsa ha sido, hace poco, uno de los que han resultado más significativos, y que dan lugar a reflexión. Con él se puede tomar el pulso al país, porque la crisis de la Bolsa no es sino un síntoma de la crisis general que estamos padeciendo, como resultado de los factores externos e internos que en ella concurren: precio del petróleo, escasez de energía, encarecimiento materias primas y problemas ecológicos, por un lado, así como la novatada política y social que estamos experimentando en el país después de la dictadura franquista.

Pero existe otra crisis más importante todavía: la crisis ética. Nuestro país está "desmoralizado" en los diferentes sentidos que tiene esta palabra. Por un lado, no ve porvenir a su actividad económica. El obrero se siente inseguro en su trabajo, porque muchas empresas están en virtual situación de suspensión de pagos. Los empresarios se encuentran asfixiados y sin perspectivas a corto y medio plazo. El Gobierno, por otro lado, ha dejado pasar inútilmente el tiempo sin elaborar un programa económico, dando prioridad a los temas políticos, cuando éstos no pueden resolverse con efectividad si la base económico-social se deteriora progresivamente y se abandona a su velada suerte, como se ha estado haciendo. Ahora —al plantearse por fin este programa el Gobierno— parece el parto de los montes, y la dificultad de llegar a un consenso —como ocurrió con el ingenuo pacto de la Moncloa— es evidente.

Además hemos perdido los resortes morales, después de la deseducación franquista, que sólo estimuló el afán de ganancia inmediata egoísta —sin atender a móviles humanos más profundos ni al bien general— y fomentó el deseo de la cantidad por la cantidad.

En 1978 —por poner algún ejemplo— hubo 800 suspensiones de pago. En este año 1979 han ocurrido algunas bien sonadas, que han traído como consecuencia la vacilación de muchas empre-

sas pequeñas que no saben cómo salir adelante resistiendo estos graves embates. En diez años han caído 750.000 empresas españolas, y en Zaragoza —que era una tranquila plaza financiera hasta hace poco, "cada hora que está abierto un Banco se devuelven o protestan 520 letras por valor de más de veinte millones de pesetas".

Nada digamos, por otro lado, de la sangría acelerada que supone el paro y la pésima solución dada por el Gobierno, que creará un batallón de personas sin la costumbre de trabajar (cuando podrían emplearse en obras públicas, obras sociales y de interés local), amén de la picaresca que se produce en las grandes ciudades y la ausencia de subsidio en amplias zonas del país, que son precisamente las más débiles económicamente. No es ninguna exageración decir que los parados (entre gente que se ha quedado sin trabajo y los que no han podido tener su primer trabajo) llegan a dos millones y medio, proporción de graves consecuencias económicas y sociales para un porvenir no lejano.

La Bolsa experimentó unos años de "boom". Todo el mundo podía especular en ella y ganar dinero abundante. Fue el período final del superficial desarrollo económico español. Pero llegó el momento de entrar en razón y cayó a continuación la Bolsa, llegando actualmente a situaciones caóticas, de tal modo que quien en 1974 tenía 100 pesetas, si las invirtió en Bolsa se le han convertido en 15 pesetas (en pesetas constantes de 1974) a principios de 1979.

Llega este desastre a límites increíbles, pues gran parte de las acciones que se compran y venden tienen un valor en Bolsa muy inferior al que corresponde por la situación de la industria de que se trata y su estructura económica real.

En una palabra: estamos en nuestro país en pleno caos del dinero y de su inversión.

Por eso, con motivo de este programa de La Clave, surgen muchas cuestiones. Pero hay una en la que quiero fijarme especialmente. Un oyente me preguntó si el cristianismo consideraba ético el juego de la Bolsa. Y le contesté lo que nuestros moralistas sociales católicos han dicho. Por ejemplo, el famoso padre Azpiazu, S. J., en 1933.

El problema de la Bolsa es para este moralista el del "justo precio" del dine-

ro. Si la Bolsa se basa en "el precio convencional" es inmoral, porque "favorece la especulación, ya que el solo deseo de ganar más no es ilícito", puesto que hay que producir algo realmente útil. Los objetivos fundamentales de un precio son los que marca la justicia individual y social. El precio debe corresponder a "la satisfacción de las necesidades", a "su abundancia", a "los costos de producción" y a "la tasación legal", si la hay y es justa. Pero sobre todo tiene que favorecer "el bienestar de la economía nacional".

Los defectos frecuentes son: 1) "que muchas veces las Bolsas son simples correas transmisoras de las imperiosas órdenes dadas a la dirección de un Banco, en el Consejo de un monopolio o en una pacífica Junta de capitalistas", según el P. Azpiazu; 2) que "son tantas las tretas y engaños que en estas operaciones pueden introducirse", según el P. Domingo de Soto, O. P. y 3) "valerse de noticias secretas cuyo conocimiento es dado por su situación en un Consejo, una Asesoría o un alto puesto del Estado".

De ahí que haya que moralizar la Bolsa, así como el país del cual ésta es un síntoma. Por eso, "el orden bursátil debe atender a la prohibición de toda libertad que degenera en desenfreno, proliferación de negocios de puras diferencias...; el Estado debe mirar a la economía nacional" y no al lucro de unos pocos privilegiados por su situación en altos puestos privados o públicos, ni tampoco debe basarse en el desarrollo ficticio del dinero.

La Bolsa debe proporcionar dinero para el desarrollo de negocios serios y rentables al país, y "es frecuentemente desastrosa cuando... se arregla... por jugadas que proporcionan sin trabajo un buen beneficio a costa de los demás".

Todo esto no se consigue por "la ley sola": hay que fomentar en el país nuevos móviles de "honradez y probidad", sin los cuales la ley será inútil. Vasta campaña educacional y conseguir un Gobierno de gran aliento humano. ■